

Los historiadores escribimos los libros de historia buscando transmitir las experiencias del pasado —ese territorio tan extraño y ajeno del que hablaba David Lowenthal— a quienes habitan el presente para proveer enseñanzas y que ese pasado sirva de guía ciudadana para comprender mejor nuestra vida y saber planificar el futuro colectivo de manera más sabia. Así al menos nos lo han inculcado nuestros maestros.

Vivimos rodeados de grandes visiones, de amplios y complejos modelos historiográficos y de una historia profesional que desde el siglo XIX, formalizada por las estructuras académicas y estatales, convirtió en funcionarios a buena parte de sus practicantes, al menos los que se dedican profesionalmente a enseñar, escribir y reflexionar sobre la historia. La difusión se produce a través de congresos especializados, de proyección en los medios de comunicación —los pocos que logran atravesar las invisibles barreras del interés limitado del *prime time* por esa mirada hacia el pasado— y por supuesto mediante la publicación de monografías y artículos científicos especializados, de corta difusión entre la población pero de amplia rentabilidad académica.

Uno en todo caso, va hilando esa dedicación profesional con sus propios intereses —con sus temas— y ve crecer en su cercanía nuevas generaciones de historiadores que buscan a su vez la consolidación profesional pero que son movidos por la pasión por la historia, más reciente o más lejana según especialidades y sensibilidades. En definitiva, como una vía de propiciar, desde la reconstrucción de las vivencias del pasado, la posibilidad de un impulso transformador del presente y la forja del compromiso con un futuro más alentador que deje atrás lo peor de ese pasado y su herencia —no olvidándolo, sino haciéndolo presente como enseñanza— y que busque un futuro mejor, construido sobre la mejor parte de ese pasado.

Hace ya cien años que la historia social fue avanzando terreno como compromiso con esa sociedad de masas que iba creciendo, que iba marcando la ruptura de la vieja sociedad estamental y que tenía en la democracia (pero también en las revoluciones y los populismos) su expresión más ajustada. La historia social en sus muchas acepciones, momentos y sensibilidades de una u otra forma ha sido la que ha adquirido un protagonismo en el quehacer histórico que ha ido siempre a la búsqueda de la historia del pueblo, de la gente, yendo más allá de la historia decimonónica que hacía de los gobernantes y los grandes hombres los actores inapelables. Convertido el hombre de la calle en protagonista por los autores de *Annales*, por los historiadores marxistas británicos, por la microhistoria, en los años noventa del siglo XX llegaron las lecturas culturalistas y la relevancia de la construcción de imágenes y de narrativas culturales, producto también del giro lingüístico y la deconstrucción que en los años ochenta se había extendido.

Si hablamos de fuentes históricas, la *historización* de todas las dimensiones vitales hizo que las fuentes se convirtieran en un repertorio inacabable encarnado sobre todo en la historia oral, sobre la que se empezó a teorizar hace más de cincuenta años y a escribir sobre esta, sus usos y peculiaridades (como los primeros textos de Paul Thompson o la práctica historiográfica de Raphael Samuel) y que pusieron en un primer plano —yendo de la mano también de ciencias sociales como la sociología, la antropología o la politología— la relevancia de la voz de los protagonistas, la textura de las experiencias, la densidad de unas descripciones que convertían las anécdotas en categorías que orientan sobre la interpretación histórica.

Esa es la base de la que partimos quienes aquí escribimos, aunque en este caso, como ocurre a veces, la historia nos salió al paso, aunque antes le hubiéramos puesto algún cebo más o menos adecuado. Este libro es el resultado de un proyecto de investigación inicial que en su planteamiento buscaba añadir evidencias sobre el proceso de cambio social y político en la España del segundo franquismo, el que se generó tras la llegada del nuevo Gobierno nombrado por el general Franco en 1957 —el llamado *Gobierno monocolor*, como si en los anteriores hubiera habido algún tipo de pluralidad real— y con el despliegue del desarrollismo. Quienes formábamos parte de ese proyecto queríamos profundizar en el proceso de cambio social del segundo franquismo a través del seguimiento de las revistas falangistas oficiales, los organismos ligados al Movimiento y al propio estado en el que se canalizaban los sentimientos de jóvenes y de sectores sociales dinámicos... Una parte de esa investigación tenía en cuenta la evolución de los universitarios y el surgimiento creciente de posturas de alienación respecto al franquismo.

Es en ese momento cuando las fuentes se convirtieron en motor de algo que iba más allá de lo proyectado. Y un grupo de antiguos universitarios que vivieron la experiencia del Servicio Universitario del Trabajo (SUT), Álvaro González de Aguilar, Emilio Criado y Antonio Ruiz Va, se dirigieron a quienes estábamos en ese proyecto (fundamentalmente Javier Muñoz Soro, Nicolás Sesma y Miguel Ángel Ruiz Carnicer) para que les apoyáramos en la recuperación de esa memoria del SUT, esa iniciativa del SEU que yo había estudiado en su momento y que era una de las manifestaciones más interesantes de las iniciativas de raíz falangista en la dictadura: la incorporación de los estudiantes al mundo obrero mediante campos de trabajo durante los veranos, pero con una creciente complejidad en esa relación y la creación de otras iniciativas como el trabajo de apoyo en los barrios obreros los fines de semana o las campañas de alfabetización de los años 60, que supondrán todo un revulsivo para una buena parte de estudiantes inquietos de la época. Nos dimos cuenta de que un buen número de biografías de personalidades relevantes en el mundo de la política, de la cultura, de la sociedad de los años sesenta y setenta, de la transición a la democracia, habían pasado por el SUT y para una buena parte de ellos había supuesto todo un mazazo en su conciencia y un momento clave de reflexión en las cerradas aguas de las sacristías y los campamentos azules que vivían los niños y jóvenes españoles de esos años.

No se trataba además de una acción de recuperación nostálgica lo que se nos proponía sino una reconstrucción de una experiencia singular, que merecía la pena ser contada. Sobre todo, se ponía en nuestras manos, a través de los contactos que tenían estos veteranos sutistas, la forma de conseguir unos potenciales testimonios que nos ayudarían a hacer un retrato de esa España en pleno proceso de cambio soterrado, por debajo del discurso altisonante de la España oficial. De ahí que pusiéramos en marcha un nuevo proyecto, ligado a los presupuestos del anterior, pero centrándonos en la experiencia del SUT como concreción de ese proceso más amplio de cambio social. El proyecto contó con el apoyo y financiación del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, quien también ha hecho posible esta publicación.

El SUT puede verse como una pequeña nota a pie de página del franquismo —y seguramente lo es— pero a nosotros nos atrajo el gran potencial de una experiencia que afectaba a más de 13.000 jóvenes universitarios en una sociedad tan provinciana y desconectada de las grandes corrientes intelectuales y políticas europeas que era la España de Franco. Esto le otorgaba otra dimensión, ya que era una atalaya privilegiada para asistir a la eclosión de las nuevas fuerzas que tras la muerte del dictador serán protagonistas del cambio político, social y

cultural. El objetivo era conseguir de primera mano y a través del cuestionario que elaboramos (ver anexo 1) no tanto una relación de experiencias personales atomizadas, sino obtener una información cualificada sobre cómo una representación de los jóvenes universitarios más inquietos social y políticamente (al menos en muchos casos) vivió esa experiencia, en qué consistió esta y qué efectos tuvo en su evolución personal. Así se podría intentar objetivar y hacer comparable la huella de esa experiencia, saber a qué tipo de planteamientos dio lugar en los jóvenes de ambos sexos que la vivieron y cómo eso cambió su relación con el marco del régimen franquista en el que vivían y que en el medio universitario empezó a ser cuestionado desde 1956 de manera minoritaria y durante los sesenta, de una manera amplia y evidente. Ese es uno de los aspectos que claramente nos motivó a embarcarnos en una tarea que conectaba nuestro pasado investigador con los temas que nos preocupaban y preocupan, es decir, el proceso de cambio social en el seno de una dictadura tan marcada por el pasado y la represión como la franquista.

Y ello hecho desde abajo hacia arriba. La historia del franquismo ha estado muy marcada por las moquetas —historias de las élites políticas, económicas, militares— o por las fosas —la historia de la represión, de los asesinados y sus verdugos—, aunque ya hace años que la atención al comportamiento de la población ha sido objetivo de muchos e importantes trabajos. Pero aún hay mucho camino por hacer, especialmente cuando nos intentamos alejar de los terrenos de los partidos o las instituciones e internarnos en el más amorfo territorio de una sociedad a la que el régimen prefería deshuesada, con la masa muscular mínima para sobrevivir, pero sin vigor moral ni social para reconstruirse desde la soberanía y la dignidad. La minoría de edad social que supone el franquismo dificulta encontrar el esqueleto de esa sociedad y comprender los mecanismos también de la reconstrucción de su razón democrática¹. Obviamente, no son las mismas dificultades del propósito de los fantásticos trabajos de George Rudé o E. P. Thompson que buscaban el rostro de la multitud o las caras de la revolución a finales del siglo XVIII, pero no es diferente nuestro objetivo a la hora de reconstruir una sociedad que, tras la guerra, entierra en la grisura del momento toda utopía social y política, la posibilidad de una ilusión cívica común. Describir cómo de ese sometimiento sale el impulso de rebelión, de cambio y de reconciliación de los españoles es el objetivo fundamental.

No caeremos tampoco en la trampa de hacer de nuestro objeto de estudio la clave para descubrir la raíz de la transición —otros muchos han hablado

1. Elías Díaz, *Los viejos maestros: la reconstrucción de la razón*. Alianza Editorial, Madrid, 1994.

certeramente del tema²— o su base última, sino partir de una experiencia determinada, contar cómo se forja, proporcionar la información más completa posible sobre ella, reflejar la naturaleza del proceso de maduración de una parte de la juventud universitaria y, a partir de ahí, mostrar algunos factores culturales, literarios, sociales que incidieron en el origen de una dinámica de ruptura con el orden establecido. Un orden que era inicialmente natural para una porción mayoritaria de estos jóvenes que, sin embargo, se van a hacer crecientemente críticos con la dictadura no por un adoctrinamiento externo y la temible conspiración extranjera, como denunciaban machaconamente los medios oficiales del régimen, sino por una ruptura personal y en muchos casos confusa, dolorosa y contradictoria. Ellos contemplaron con sus propios ojos el profundo atraso del país, especialmente en sus núcleos rurales, vieron las grandes barriadas de chabolismo del extrarradio de la mayoría de ciudades españolas y constataron el dolor de la guerra con sus heridas abiertas aún, sin que existiera plan alguno de recomposición económica y social para mitigar el atraso y dolor de ese pueblo. En la medida en que se refleja ese proceso de concienciación se ponen las bases de una deslegitimación moral del régimen, prepolítica, que luego abrió la puerta a evoluciones personales de todo tipo, incluida la militancia en los partidos de la oposición como el PCE o en el llamado Frente de Liberación Popular —una de las aventuras políticas más curiosas de finales de los cincuenta y principio de los sesenta— o la admiración por los jóvenes barbudos de Sierra Maestra luego protagonistas de la revolución cubana.

Este despertar político, o de concienciación cívica si se prefiere, no se extiende ni siquiera a todos los que asistieron a campos, campañas o actividades. Algunos universitarios habían pasado por el SUT como la luz pasa por el cristal, sin dejar huella: para ellos eran unas vacaciones diferentes o una oportunidad de conocer gente o de ganar un dinero. Los intentos de los jefes de campo o actividad por promover la reflexión sobre la problemática social y analizar sus vivencias les parecería una insoportable murga que no llevaba a ningún sitio. Otros en cambio sí tuvieron una compleja evolución política y personal, de tal forma que el SUT fue un modestísimo punto de inicio (pero nos interesaba precisamente ese punto por ser el de inicio), el que convertía ese mes de verano que

2. Baste mencionar el trabajo de Ferrán Callego, *El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*, Crítica, Barcelona, 2008. El mejor resumen sobre los varios relatos sobre la transición y sus reelaboraciones posteriores en Carme Molinero y Pere Ysàs, *La transición. Historia y relatos*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2018. Sobre el proceso de cambio social, nuestro grupo de investigación publicó recientemente Miguel Ángel Ruiz Carnicer (ed.), *From Franco to Freedom. The roots of the Transition to Democracy in Spain, 1962-1982*, Sussex Academic press, Brighton, 2019.

alguien pasó entre albañiles, pescadores o trabajadoras de las conserveras en el episodio más apasionante de su vida... muchos de ellos desde opciones ideológicas o de militancia marcadas; otros sin esta; todos universitarios.

Aunque estemos hablando de situaciones, medios y momentos muy diferentes, algo de inspiración nos ha bridado a la hora de encarar este estudio —volviendo a los referentes historiográficos del inicio de esta introducción— la experiencia de los History Workshops que el historiador Raphael Samuel puso en marcha en el Ruskin College de Oxford en 1976 y en los años ochenta dando lugar a un influyente movimiento y a una publicación, *History Workshop Journal* que supuso un desafío historiográfico a la práctica más tradicional de la historia de su tiempo. De esa iniciativa nos queda la preocupación, asumida por las diversas oleadas de historia social, por lo que Samuel definió como “the belief that history is or ought to be a collaborative enterprise, one in which the researcher, the archivist, the curator and the teacher, the ‘do-it-yourself’ enthusiast and the local historian, the family history societies and the individual archaeologist, should all be regarded as equally engaged”³. El poder contar con quienes vivieron la historia como agentes activos creadores de su propio relato, integrándolos como parte del esfuerzo de reflexión apunta en esa dirección. Eso no significa que se ponga en un segundo plano el rigor o la profesionalidad, pero sí que se valore el papel activo de la sociedad civil en la construcción del relato histórico. Una de las posibles maneras de reconstruir las complejidades del pasado por parte de los historiadores es trabajar en común con personas que tuvieron protagonismo en una experiencia histórica y por formación y transcurrido el tiempo lanzan una mirada hacia ella y reelaboran esa experiencia y su relevancia en su propia evolución personal, sin que eso signifique asumir apriorismos o negar el carácter abierto siempre de la interpretación histórica.

Samuel creó talleres en donde intentaba reconstruir la experiencia de la clase obrera y de los sectores más desfavorecidos a través de la historia oral y la recopilación de información alternativa (octavillas, panfletos, carteles carseros, cartas particulares...) a la hora de explicar la historia en un plano muy diferente a la de la alta política, los Gobiernos, las grandes decisiones políticas y económicas, privilegiando el recoger la experiencia del paro, la marginación, la vida cotidiana, las condiciones de fábrica. En nuestro caso, lo significativo es la idea de trabajar con las propias fuentes, no como un sujeto pasivo, sino activo, que *contaminan* —claro está— el relato histórico pero a la vez le dan una densidad y una verdad que funciona no tanto para probar unos datos sino para

3. Raphael Samuel (ed.), *History Workshop: A Collectanea, 1967–1991, Documents, Memoirs, Critique and cumulative index to History Workshop Journal*, Oxford, Ruskin College, 1991, p. IV.

proporcionar unas sensaciones que sirvan al lector para reconstruir una etapa histórica —en este caso el franquismo— que ya no es fácil transmitir a nuevas generaciones cada vez más distanciadas en el tiempo de una realidad que ya se ha ido y solo queda su huella en los recuerdos de quienes la vivieron. Hoy día tenemos unas espléndidas reconstrucciones históricas del franquismo hechas desde la profesionalidad y la seriedad historiográfica, pero sigue siendo complicado trasladar a los alumnos y a la población más joven en general, y más todavía a quienes se dejan llevar por los prejuicios ideológicos, cualquier aproximación que intente comprender —no justificar— el comportamiento de los actores sociales.

Esta historia desde abajo no habla, sin embargo, de un colectivo marginado en la España franquista desde el punto de vista social. Al contrario, para el régimen los universitarios siempre fueron de los “suyos” hasta que la crisis de febrero de 1956 y sobre todo la evolución de los años siguientes empiece a mostrar lo contrario. Los estudiantes universitarios habían “ganado la guerra” y nadie dudaba en la posguerra que formaban parte del régimen. Si acaso se había temido en los círculos monárquicos o moderados del régimen su radicalismo pronazi o profascista, como sucedió en el primer año de la inmediata posguerra. Eso explica esa “permissividad” posterior del régimen con iniciativas como el SUT, que más que laxitud era coherencia con unos postulados que venían del fascismo más puro, que exigían convergencia entre obreros, estudiantes y campesinos. Eso predicaba el iluminado Enrique Sotomayor desde su cargo de secretario general del SEU en los primeros meses del régimen, buscando crear un Frente de Juventudes que hiciera posible esa utopía de convergencia social de las juventudes que condicionara y llevara adelante una política radical muy deudora de la Alemania hitleriana. A pesar de que el Frente de Juventudes que efectivamente echa a andar en diciembre de 1940 estaba alejado de esa radicalidad misional, el peso de esa tradición en el seno de Falange y del régimen explica la asunción de una experiencia como esta, en donde la juventud universitaria convergía con obreros y los hombres del campo. Esta también fue posible desde la sensibilidad del nacionalcatolicismo y su retórica misional encarnada en la pasión evangélica del padre José María de Llanos y la Compañía de Jesús, artífices de su nacimiento.

Este SUT nace impulsado por una Falange y un SEU que buscan margen de crecimiento político en un franquismo que está saliendo de sus horas más oscuras tras el bloqueo internacional y que ve cómo los sectores católicos propagandistas, el crecientemente influyente Opus Dei desde el CSIC y el Ministerio de Educación ejercen su influencia, mientras que los falangistas tienen un margen mucho más estrecho. La recuperación de la Secretaría General del Movimiento en 1949 y de la categoría ministerial con el cambio de Gobierno de 1951 supone

un apoyo a cuantas iniciativas pudieran darle más presencia e influencia. Y el ámbito universitario era el más mimado en este sentido, pues era donde aún había esperanza de una renovación de las élites en un sentido falangista. De ahí que las actividades iniciales del SUT sean vistas como una oportunidad de oro para lograr ese ideal de estudiante consciente, que a la vez haga llegar al obrero español el ideal de hermandad y de justicia social que la propaganda falangista repetía y que tenía su mejor voceador en José Antonio Girón de Velasco desde el Ministerio de Trabajo.

Pero los viejos odres, las viejas ideas del fascismo y del fanatismo nacional-católico hallaron un vino nuevo en los jóvenes que en los años cincuenta se incorporaban a la universidad. Paradójicamente ignorantes de los detalles y las responsabilidades familiares en la tragedia omnipresente de la Guerra Civil, esos hijos de la clase alta y media educados mayoritariamente en la visión de los vencedores que estaban en la universidad, encontraron en unos mecanismos producto de la historia y el mesianismo del régimen un instrumento de encuentro con una realidad que expuso ante sus ansiosos ojos de veinte años la miseria y las injusticias que soportaban en el día a día amplísimas capas de la población. Eran en teoría los beneficiarios de la "paz de Franco", de la erradicación de la *lucha de clases* que había traído la guerra y del *nuevo amanecer* que la victoria del 18 de julio había proclamado en España. Comprobaron el oscuro peso de la guerra en tanta gente, en estos "santos inocentes" que tan bien dibujó Delibes, y vieron que desde el poder público no solo no se hacía nada (salvo excepciones testimoniales) por aliviar o cambiar esa situación, sino que el régimen la perpetuaba.

Por ello, no es de extrañar que este choque de realidad fuera el inicio del desencanto y luego de la rebeldía para muchos. Primero de una forma callada, prepolítica y ética, casi silenciosa. Luego vinieron quienes ya aportaban lecturas desordenadas del marxismo y un sentido creciente de rechazo al régimen mucho más organizado hasta llegar a convertir al SUT en un curioso experimento de convivencia política entre jóvenes crecientemente antifranquistas que actuaban en el seno del más antiguo organismo falangista, el SEU, y utilizaban los medios y las finanzas del estado como vector de difusión de la semilla de desafección política y social a lo establecido. Esa universidad irá estando progresivamente abierta a las capas medias y de forma testimonial, aunque creciente, a sectores humildes y de orígenes obreros desde principios de la década de los sesenta, impulsado este cambio por la aparición al fin de una política de becas más dotada económicamente, aunque aún limitada⁴. Estos jóvenes sedientos de

4. Es en el presupuesto de 1963 cuando nos encontramos un aumento en la dotación estatal para becas según el Plan de Inversiones de ese año del Patronato del Fondo Nacional para el Fomento del

probar la realidad ajena del mundo obrero encuentran en el SUT el cobijo ideal para proyectar sus legítimas ansias de conocer, de llegar a la verdad y su oportunidad generacional de cambiar el mundo. Pero veinte años es mucho tiempo: poco tienen que ver los primeros sutistas en torno a Eduardo Zorita, ungidos de respeto religioso y de ánimo de emulación y de cierto falangismo joseantoniano con los sutistas de los años sesenta que en una buena parte iban ya predispuestos, algunos ligados al Frente de Liberación Popular (¡los Felipes!), inmersos en lecturas de marxismo, o llevados por otros compañeros como parte de una aventura de politización.

No es el SUT la única iniciativa que brinda una puerta abierta a otras realidades: ahí estaba el Teatro Español Universitario (TEU), que también colaboró con el SUT en las campañas de alfabetización y en donde a principios de los sesenta se representaban obras de García Lorca o se hacían lecturas teatrales de Bertold Brecht en los colegios mayores. También en entornos tan falangistas como los seminarios provinciales de las Falanges Juveniles de Franco se podían encontrar charlas en donde se alababa la incipiente revolución cubana. Todo ello presidido por bustos de José Antonio y por proclamas sobre lo imperecedero de la revolución nationalsindicalista. Esta mezcla de iniciativas rupturistas con la doctrina oficial, difícilmente comprensible hoy día, suponía a su vez la convivencia entre estrictos fieles al régimen, jóvenes activamente críticos con ese mundo pero sin fortaleza ideológica alguna, católicos reformistas bienintencionados y posiciones intermedias y un tanto cínicas de quienes intentaban hacer carrera política en medio de ese *totum revolutum* posible aún en un mundo pequeño como era el universitario, en donde el factor personal seguía contando mucho y en el que podemos encontrar amistades entrecruzadas y relaciones peculiares.

Pero no tratamos de rastrear las personales vías de evolución de tantos jóvenes, tan condicionadas por educación, familia, procedencia social, valores religiosos y morales del entorno, sino mostrar cómo era el país, como era percibido por los —en el papel— más preparados habitantes de este y cómo esa percepción de la realidad, que contradecía a buena parte de los lemas y doctrinas que se les inculcó desde la infancia —y que formaban parte del ambiente social de la gente de orden— fraguó en algo que supuso la progresiva deslegitimación, primero moral y social y luego política del régimen. Este no supo o no pudo atraerse a los jóvenes, se quedó anclado en la experiencia de la guerra y acabó

Principio de Igualdad de Oportunidades. Los datos en ACA, Sección Cultura. Instituto de la Juventud, paquete n.º39. En abril de 1955 se había creado la Comisaría de Protección Escolar, al que le habían seguido años más tarde el Fondo Nacional de Ayuda al Estudio (FONAE) y el Patronato de Igualdad de Oportunidades (PIO), pero con escasa capacidad de incidir en la promoción real de sectores de la población significativos.

frustrando sus expectativas por los resultados de la Segunda Guerra Mundial y las dificultades para definir un proyecto político común que fuera más allá de la supervivencia y de la reafirmación de la rebelión antirrepublicana del 18 de julio. El franquismo nunca fue capaz de poner encima de la mesa un proyecto de reconciliación, de superación del pasado y por ello se quedó sin proyecto político y sin base social activa y movilizadora. El recuerdo de la victoria en la guerra bastó para seguir adelante.

Ese recuerdo se traducía en el apego sentimental y vital que muchos sentían por la figura de Franco y la identificación con los vencedores, lo que seguramente también escondía el dolor por los muertos a manos del bando republicano y la identificación con los valores religiosos del catolicismo, aunque eso no diera lugar necesariamente a una defensa activa del régimen ni a una identificación ni con Falange u otros actores del régimen, sino a una conformidad pasiva que se fue difuminando con los años. Ese recuerdo de la guerra era para otros el sabor metálico de una feroz represión, que había acabado con las vidas y la fama y hacienda de tantos vencidos, lo que llevaba al desánimo y al silencio a los supervivientes y sus familias, bastantes de cuyos hijos incluso ignoraban su condición de perdedores de la guerra o sus circunstancias concretas. Los padres no hablaban con sus hijos de la guerra. La salida de la terrible miseria material de la posguerra y el enorme salto que supuso para muchos sectores sociales la mejora evidente en el nivel de vida que trajo el desarrollismo —su duro precio para los sectores trabajadores y populares no se evidenciaba de la misma manera— en un contexto de enorme crecimiento mundial termina de explicar esa larga duración de una dictadura que solo tardíamente se institucionalizó y que, en todo caso, siempre unió su suerte al carácter excepcional de un dirigente presentado siempre por la propaganda como elegido por la providencia para guiar al país.

Toda esta evolución explica también la distancia sideral que en 1975 —y antes— había entre la avejentada clase política del régimen y una sociedad con una muy deficiente cultura política pero dinámica y crítica en sus estratos más juveniles e ilustrados. El consentimiento que pudiera haber hacia el régimen por una parte significativa de la población, si no las ilusiones primeras de no pocos sobre el régimen, fue muriendo hasta descansar la continuidad de este en el carácter totémico de la figura de Franco y el miedo al cambio y a volver a “otro 1936” que el régimen había sembrado durante décadas.

El principal cometido de este libro es hablar de este mundo, partiendo de una experiencia muy concreta, de una aventura bizarra que marcó y condicionó en muchos casos la actitud de quienes luego tuvieron puestos e influencia política, empresarial, social, universitaria y de tantos otros que en su perfil

profesional y su vida personal tuvieron muy presente que tras la propaganda del régimen había una realidad muy distinta aunque eso no supusiera una militancia activa contra este. Pero sí una distancia, un desapego, un sentirse ajenos al discurso del sistema establecido.

Los sutistas veteranos nos proporcionaron una atalaya privilegiada para observar este proceso de cambio social que ayuda a explicar cómo se pasa de una inmóvil y sofocante dictadura de origen fascista, infiltrada hasta el tuétano por el nacional catolicismo, a encontrarnos con una sociedad que en los años sesenta albergaba una juventud que era punta de lanza de la crítica contra el régimen y abanderada de la reconciliación. Los estudiantes universitarios, junto con el joven movimiento obrero, y mucho más tarde, el movimiento vecinal, fueron los pilares en la lucha contra la dictadura.

Sin embargo, es cierto que los universitarios son una parte muy pequeña de la población española del momento. Y que si sumamos esas 13.000 personas aproximadas que pasaron por las actividades del SEU, es un porcentaje ínfimo de esa sociedad tan sometida a los mecanismos del poder. Pero de ese número salen los principales profesionales y altos funcionarios y también los dirigentes políticos que desde la oposición a la dictadura protagonizaron buena parte de la lucha antifranquista. De entre todas las personas que pasaron por el SUT nos encontramos con nombres como los de Ramón Tamames, Cristina Almeida, José Luis Leal, Xabier Arzallus, Javier Pradera, Manuela Carmena, Nicolás Sartorius, Rafael Chirbes, Carlos París, Manuel Vázquez Montalbán... En sus biografías y entrevistas o reflexiones vitales todos reconocen que la experiencia del SUT fue clave como parte de la concienciación. De ahí que cuando nos acercamos al tema viéramos que estábamos ante uno de esos raros puntos de anclaje para poder comprender la complejidad del cambio social como no se puede hacer desde una visión más general, siempre difícil de discernir el detalle.

Este trabajo no habría sido posible sin las fuentes escritas proporcionadas por los veteranos del SUT, reunidos desde 2017 en la Asociación de Amigos del SUT (AASUT), plataforma legal desde la que crearon a partir de la página de nuestro proyecto de investigación inicial, la página web www.sut.org.es, desde la que se recopiló información documental sobre el SUT, que incluye fotografías, dibujos y objetos a lo que se fue añadiendo nuevo material conforme se consolidó la iniciativa investigadora. En segundo lugar, la realización de cuestionarios a partir del modelo elaborado por los miembros del proyecto (reproducido en anexo 1) hizo posible recoger las impresiones expresadas por escrito, con lo que suponía de reflexión en el tiempo. Además, para los historiadores ha sido impagable el contacto directo con los viejos sutistas, las muchas horas de

conversaciones y de compartir el análisis de documentos y experiencias, grabar entrevistas con ellos y cohesionar nuestras visiones elaboradas *a posteriori* con las de ellos, en muchos casos aún frescas y vívidas. En tercer lugar, asistir a reuniones en casas de algunos de ellos y en distintos lugares donde se celebraron reuniones multitudinarias, gozando también de la amistad y la camaradería reencontrada de los otrora estudiantes y de ver cómo estaban encantados de que estos “jóvenes” que éramos nosotros nos interesáramos por su juventud sutista. Otra iniciativa más que nació en el marco de la Asociación fue el rodaje de un documental de la mano de Diagrama Producciones y del conocido director Miguel Ángel Nieto, que plasmó también la experiencia sutista recopilando nuevos testimonios, revisitando paisajes y parajes, contando con nuestro aporte y sugerencias. Su título, *La transición silenciada* (Diagrama Producciones, 2017) intentaba sugerir la relevancia de esta experiencia a la hora de entender el proceso de cambio político y social de la España de los años setenta y ochenta. El documental se ha difundido a través de las televisiones autonómicas, la asociación y se editó un libro-DVD con nuestra colaboración activa, que dio lugar a una presentación con los protagonistas en la Residencia de Estudiantes en la ya lejana fecha de octubre de 2016. Desde entonces ha sido también exhibido en diversos territorios en los que el SUT tuvo una actividad relevante como Madrid, Andalucía, Galicia o Asturias de la mano de la Asociación de Amigos del SUT. Al director y productora le expresamos nuestro agradecimiento por brindarnos la oportunidad de colaborar activamente en la elaboración del documental y darnos acceso a los textos completos transcritos de los entrevistados.

Los miembros del proyecto, no solo los más veteranos que firmamos este volumen, sino también docentes e investigadores como Pilar Mera, Carlos Domper, Guillermo Sáez, Federico Bellido, Fátima Martínez Pazos o Daniel Canales han sido un apoyo en los últimos años para profundizar en esta cuestión y darle una dimensión académica en publicaciones aún en proceso de elaboración. Ha sido igualmente muy importante contar en el proyecto con excepcionales especialistas como el profesor de la Università degli Studi di Perugia, Luca La Rovere, profesor especializado en el análisis de los jóvenes universitarios fascistas del GUF y también en la herencia fascista de posguerra para estos sectores juveniles. A sus publicaciones y aportaciones debemos también mucho en la reflexión conjunta. Este trabajo es producto de una implicación, larga implicación, con este proyecto que dio lugar a la petición de un nuevo proyecto de investigación al Ministerio de Ciencia e Innovación, a la realización de una tesis doctoral y a encadenar esta cuestión con las relaciones

entre juventud y clase obrera en la posguerra desde un enfoque comparativo europeo y transnacional, tema sobre el que realizaremos nuevas incursiones futuras.

Este por lo tanto no es un libro estrictamente académico, aunque tenga todo el rigor de un trabajo profesional de investigación. Aquí se juntan varias manos: las de tres historiadores profesionales, pero también otras tres de profesionales de distinta trayectoria (un investigador del CSIC, un economista, un experto en *management* y liderazgo personal), estos últimos ya jubilados. La fórmula, que no solo los historiadores sino las *fuentes* y a la vez promotores escriban a la vez es un intento de no interpretar en exceso, sino de llevar la voz directa de los protagonistas, pero que a la vez haya suficiente distancia como para trasladar la experiencia contextualizada por la amplia trayectoria de la parte académica en estas cuestiones. La pluralidad de voces y enfoques y el protagonismo de los testimonios tratan de mostrar cómo la historia se construye también socialmente y es una disciplina que debe establecer un diálogo con la sociedad, sin que ello suponga menoscabo del rigor y la solidez académica. Seguimos pensando que nuestra principal misión como historiadores es recuperar el pasado pero al hacerlo promover también el debate social, mejorar el conocimiento sobre la textura del pasado y por lo tanto mostrar como la comprensión histórica tiene mucho de empatía, de querer comprender, de entender al otro en ese lejano territorio que es el pasado.

Este libro tiene mucho de otros libros, algunos de ellos auténticos pilares de la comprensión del proceso evolutivo tras el fascismo. Es el caso de los clásicos trabajos de Ruggiero Zangrandi o de Juan Francisco Marsal. Y también tiene su deuda con Alfonso Lazo⁵. El libro de Zangrandi, *Il lungo viaggio attraverso el fascismo*⁶ supuso la mejor exposición en los años de posguerra del proceso de tránsito de un joven fascista italiano que despertó a la vida y a las inquietudes políticas en el seno del fascismo y cómo a través de las propias experiencias que se forjan en su seno, los *littoriali* de la cultura y del arte, los campamentos, las ansias revolucionarias que vivieron, la libre discusión sobre temas de cine de cultura, de experimentación, abrió su mente a una realidad que le acabó llevando a la deserción de quienes fueron sus referentes, hasta acabar en las filas

5. Ruggero Zangrandi, *Il lungo viaggio attraverso il fascismo. Contributo alla storia di una generazione*, Feltrinelli, Milano, 1962 (edición original en Einaudi en 1948); Juan Francisco Marsal, *Pensar en el franquismo. Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta*, Península, Barcelona, 1979; Alfonso Lazo, *Historias falangistas del sur de España. Una teoría sobre vasos comunicantes*, Ediciones Espuela de Plata, Sevilla, 2015.

6. Sobre Zangrandi y la compleja acogida de su obra vale la pena ver Luca la Rovere, *L'eredità del fascismo. Gli intellettuali, i giovani e la transizione al postfascismo 1943-1948*, Bollati Boringhieri, Turín, 2008, p. 335 y ss.

del antifascismo. Ese proceso de mutación era un buen recordatorio de que es muy difícil establecer con éxito una estructura totalitaria por brutal y represivo que sea el régimen y que las costuras de cualquier régimen tienen márgenes y fisuras que permiten múltiples lecturas. Juan Francisco Marsal publicó una obra que realmente ha tenido menos proyección pública (sí en cambio académica) de la que merecía: *Pensar bajo el franquismo*. Allí se daba una visión de cómo iban mutando las mentes de los jóvenes falangistas inquietos hasta salir también los críticos al franquismo, los arrebatados por la rabia de las injusticias que contemplaban, los buscadores incansables de rendijas de aire y de luz en la oscuridad nacionalcatólica. Jordi Gracia en sus obras ha sido también otro referente en esta aproximación de leer entre las líneas sumegidas aún en la mediocridad reaccionaria del franquismo, atisbos de rebeldía y de coraje en esta juventud universitaria⁷. Por supuesto que después ha habido muchos acercamientos a ras de tierra al franquismo. En los últimos años, los trabajos de Claudio Hernández Burgos, Carlos Fuertes o Antonio Cazorla⁸ buscan trasladarnos las franjas grises de la realidad, la presencia del miedo, las contradicciones también a pie de calle.

Nosotros queremos modestamente mostrar una experiencia clave en la vida de muchos jóvenes universitarios a través de la cual seamos capaces de conocer mejor al franquismo y las razones de su pronto fracaso como propuesta política a ojos de estos. Se trata de contemplar cómo universitarios que inicialmente creyeron en el régimen se alejaron para siempre por el predominio de los personajes más arribistas y carentes de imaginación. Cómo la complejidad del discurso de Falange, con su obrerismo y su denuncia social, pusieron también las bases para que quien lo deseara encontrara medios para cuestionarse esa realidad y para intentar transformarla. Cómo el carácter proteico del cristianismo hizo posible que sacerdotes nacionalcatólicos “de libro” como el padre Llanos fueran desarrollando un sentimiento de alejamiento de las élites —esas élites a quienes siempre tuvo cerca, o a sus hijos, por otro lado— hasta acabar morando con los más pobres de los pobres, en el Pozo del Tío Raimundo y militante en lo

7. Citaré solo dos obras, las más significativas en este terreno de este autor: Jordi Gracia, *Estado y Cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo, 1940-1962*, Anagrama, Barcelona, 2006 y personificando el proceso en un personaje que supera con mucho este punto de partida, Jordi Gracia, *Javier Pradera o el poder de la izquierda. Medio siglo de cultura democrática*, Anagrama, Barcelona, 2019.

8. Claudio Hernández Burgos, *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2013; Miguel Ángel del Arco Blanco (ed.), *Los “años del hambre”: Historia y memoria de la posguerra franquista*, Marcial Pons, Madrid, 2020; Carlos Fuertes Muñoz, *Viviendo en dictadura. La evolución de las actitudes sociales hacia el franquismo*, Comares, Granada, 2017. Antonio Cazorla Sánchez, *Miedo y progreso. Los españoles de a pie bajo el franquismo, 1939-1975*, Madrid, Alianza Editorial, 2016.

más opuesto a sus orígenes, el Partido Comunista de España (PCE) y el sindicato Comisiones Obreras (CC. OO.).

Y es que España no habría podido transformarse en una democracia si sus ciudadanos no hubieran roto amarras con un régimen nacido de un levantamiento contra el poder legítimo, si no se superaban las terribles divisiones entre las dos Españas y si no se asumía que el futuro debía ser diferente. Pero ese alejamiento, esa ruptura con el franquismo no nace por arte de magia o por un mero acercamiento a los sectores críticos de la izquierda exiliada, sino por propia convicción, por autocrítica hacia las propias posturas vividas desde la niñez. Es decir, fabricando un nuevo edificio, una nueva percepción a partir de lo que había, es decir, con los viejos materiales, con las viejas ideas, que sirven de puente hacia otros territorios, hacia otras concepciones políticas⁹.

De ahí que este volumen tenga a gala esa efectiva convivencia entre historiadores profesionales y protagonistas de los hechos o de la época; entre una exposición de hechos, documentos y análisis, que bebe del trabajo que se ha hecho en los últimos treinta años sobre el tema y la visión impresionista del recuerdo de quienes vivieron esa experiencia; que se combine narrativa con imágenes y con reproducción de documentos, que intentan dar una mayor cercanía y constatación de lo que fue el experimento social y político del SUT. Un volumen en definitiva que intenta precisamente en una historia tan compleja de transmitir como la del franquismo unir la reconstrucción fiel y detallada de esta aventura sutista, el retrato del tejido social y político de la época y el análisis riguroso de lo que supuso la experiencia.

El libro se abre con la historia del Servicio Universitario del Trabajo, que proporciona los datos que sirven de orientación al lector en cuanto a su nacimiento, evolución, dirigentes y referencias para comprenderlo. Es el punto de partida para poder entender su funcionamiento, condicionantes políticos y cómo evolucionó su actividad a lo largo del tiempo. Por allí desfilan también los dirigentes del SEU, de Falange y del Estado implicados en distintas escalas en esta acción. Su autor es Miguel Ángel Ruiz Carnicer. Los tres capítulos siguientes suponen la descripción detallada, trufada de testimonios de cuáles fueron las principales actividades del SUT: Los campos de trabajo, la original y de más peso icónico; el Trabajo Dominical o Ayuda Dominical (su denominación variaba según distritos) y finalmente, desde 1962 (aunque hubo iniciativas previas en años anteriores) las Campañas de Alfabetización (o de Educación Fundamental,

9. El libro y su temática le debe también mucha inspiración al recientemente desaparecido maestro Santos Juliá, a libros como su *Historias de las dos Españas* (Madrid, Taurus, 2004) y a su aguda visión de todo el proceso de evolución del franquismo y sobre las bases de la transición a la democracia.

como se denominaron), una de las experiencias que más hondo impacto tuvo en un número relevante de estudiantes por el gran número de personas implicadas y el trabajo que se hizo en zonas especialmente deprimidas de España. La redacción de estas partes ha corrido a cargo de Emilio Criado (Campos de trabajo), Álvaro González de Aguilar (Campañas de Alfabetización) y Antonio Ruiz Va (Trabajo Dominical).

A continuación, se encuentran los trabajos que hacen un análisis de los aspectos intelectuales y culturales del fenómeno SUT, de la calidad de quienes escribían en sus periódicos o de la influencia enriquecedora de esas experiencias en sus obras. Javier Muñoz Soro, profesor de la Universidad Complutense y especialista en historia intelectual del franquismo, es el autor¹⁰. Nicolás Sesma, profesor en la Université Grenoble-Alpes analiza los aspectos sociológicos de la experiencia, entroncando con la tradición de Marsal, analizando los testimonios y abordando una categorización de las distintas generaciones y cómo quedaron marcadas por la experiencia. En el encarte encontramos fotografías, y algunos documentos y que buscan proporcionar al lector una mejor contextualización.

La redacción de cada capítulo ha tenido un responsable y redactor fundamental, que es el indicado, pero ha sido revisado por todos y se han modificado algunas partes con el acuerdo de todos, aunque es el editor del volumen el que asume los errores y la responsabilidad del resultado. Las obras corales tienen dificultades añadidas, pero su riqueza y pluralidad es la compensación a ello. Este libro no es ningún final del camino. Es un mojón relevante y uno de los compromisos adquiridos por el proyecto. Pero queda la Asociación de Amigos del SUT, queda un gran volumen de documentación importante a disposición de los investigadores y de todos aquellos interesados en aquella experiencia y en ese tiempo. La idea es que la Asociación acabe transfiriendo los originales de esos fondos ya digitalizados a algún archivo estatal o fundación que se pueda hacer cargo de ellos para garantizar su protección y su utilización en el futuro por los historiadores.

Sinceramente, nuestra impresión es que pocos volúmenes consiguen a un lector transmitir mejor qué fue el régimen de Franco, su naturaleza profunda, la realidad en la que opera que este, no tanto por méritos de los autores (sobre todo de los académicos) sino por haber procurado dar voz a quienes vivieron en

10. Un fruto inicial de esta investigación fue su publicación Javier Muñoz Soro, "The University Work Service (SUT): Falangism and Catholicism in a Post-Fascist Dictatorship", en Francisco Morente, F. y Ferrán Gallego, *The Last Survivor. Cultural and Social Projects in Spanish Fascism (1939-1975)*, Brighton, Sussex Academic Press, 2017, pp. 156-180.

primera persona todo un proceso de cambio social, de maduración política, de descubrimiento personal. A esos jóvenes veinteañeros —cada uno de su padre y de su madre, hijos de vencedores y de vencidos— que les tocó vivir su juventud en el corazón del franquismo les dedicamos este libro.

MIGUEL ÁNGEL RUIZ CARNICER